

TEMPLO HERMANA TERESA

“La luz”



16/11/2024

“La luz”

Queridos hermanos y hermanas.

En esta Ceremonia de hoy vamos a reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos ha compartido días atrás y que dice así:

Hay quienes buscan la luz y hay quienes la apagan no más la encuentran.

La vida está llena de contrastes, de caminos que se cruzan y de momentos en los que nuestras decisiones nos conducen hacia la luz o, en otros casos, hacia las sombras. Existe en cada ser humano una búsqueda de sentido, un deseo profundo de claridad, paz y propósito, una “luz” que nos guía. Sin embargo, no todos seguimos este deseo de la misma manera. Hay quienes encuentran esa luz y deciden nutrirse de ella, y otros que, al descubrirla, la apagan rápidamente, dejándola en la oscuridad.

Esta realidad humana nos muestra que el encuentro con la luz no siempre es fácil. Desde una perspectiva humana, cada uno de nosotros lleva consigo miedos, dudas y heridas. Cuando alguien ha vivido en la oscuridad del dolor, la luz puede resultar extraña, e incluso amenazante. Ver las posibilidades de bondad,

amor y crecimiento nos obliga a enfrentar nuestras propias sombras y a reconfigurar nuestras vidas, algo que no siempre estamos dispuestos a hacer.

Desde una mirada de Fe, la luz representa una guía divina, un acercamiento a Dios. Para quienes tenemos Fe, la luz es más que solo esperanza; es una promesa de paz y una invitación a confiar en algo más grande que nosotros mismos. La luz, para muchos creyentes, es una conexión directa con Dios, una puerta abierta a la paz espiritual. Sin embargo, esta luz también nos llama a la transformación, a desprendernos de hábitos y miedos, a dejar de lado el egoísmo y el rencor. Y, para algunos, esa es una renuncia que no están dispuestos a hacer.

Para ilustrar esta reflexión, permítannos compartir con ustedes una historia.

Había una vez un hombre llamado Mateo, un artesano que vivía en un pequeño pueblo. Su vida había estado marcada por la pobreza y el abandono, y en su corazón cargaba resentimiento y dolor. Mateo había aprendido a desconfiar de los demás, a vivir cerrado y a no esperar nada bueno de nadie. Sin embargo, en el fondo, deseaba algo más, aunque no sabía qué era.

Un día, mientras trabajaba en su taller, un hombre anciano entró y le ofreció su ayuda. El anciano le habló de la paz, de la

posibilidad de encontrar la luz en medio del dolor. Al principio, Mateo se resistió.

¿Por qué iba a confiar en un extraño?

¿Qué luz podría haber para él, que había vivido siempre en la oscuridad?

Pero, con el tiempo, las palabras del anciano comenzaron a despertar en él una chispa de esperanza, una pequeña luz que había estado escondida en lo más profundo de su ser.

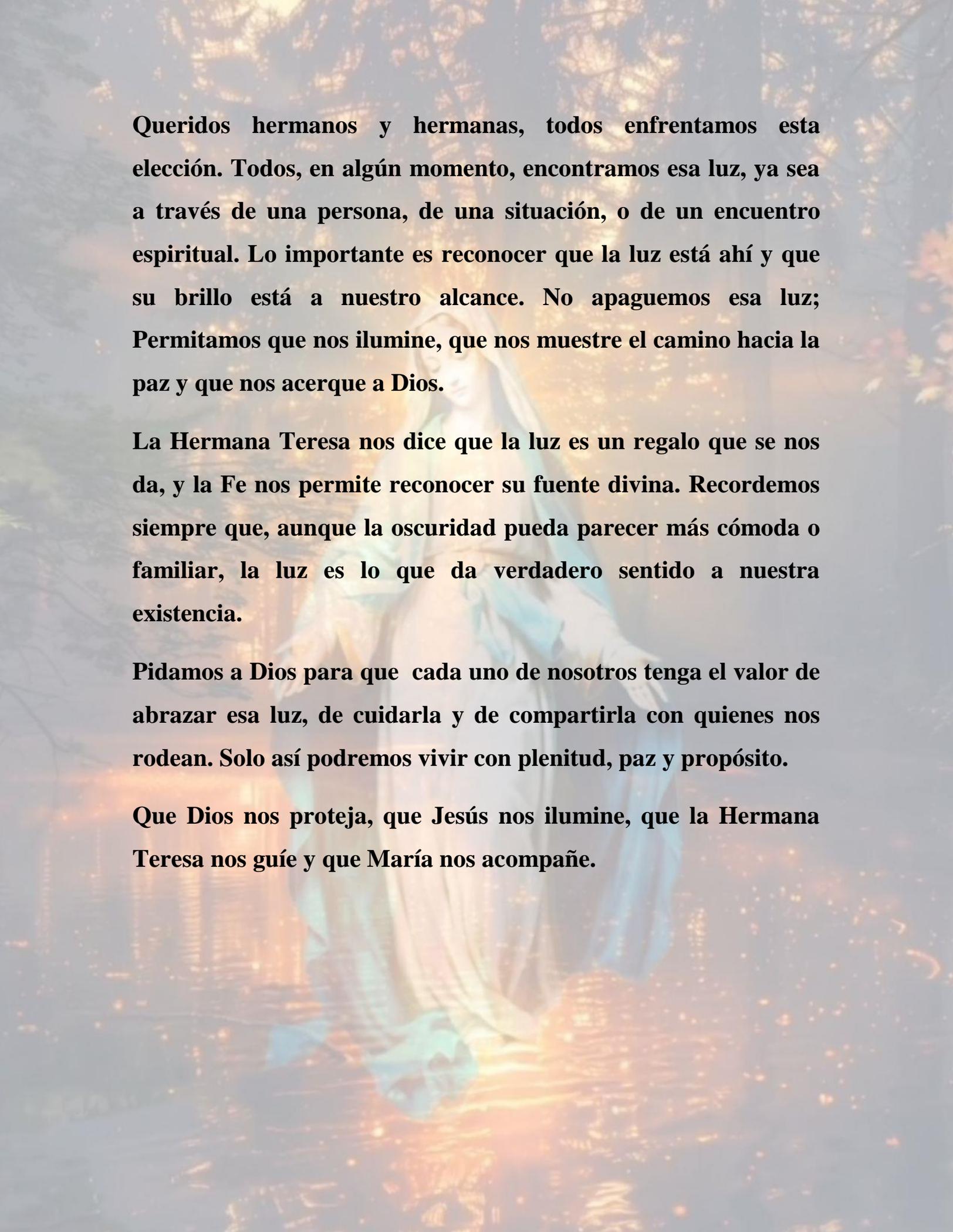
Sin embargo, esa chispa también despertó en Mateo sus temores y sus recuerdos de dolor. Pensó en todas las veces que había sido herido, en todos los engaños y decepciones. En lugar de abrazar esa luz y permitir que creciera, decidió apagarla. Dejó de hablar con el anciano, cerró las puertas de su taller y volvió a su vida de antes. La oscuridad le resultaba más familiar y, por eso, le parecía menos doloroso.

Pasaron los años, y Mateo envejeció, siempre solo y amargado. Nunca permitió que esa luz volviera a entrar en su vida. Al final, comprendió que la luz que tanto había anhelado estuvo a su alcance, pero fue él mismo quien la apagó. Y, en su soledad, lamentó no haber tenido la valentía de abrazarla cuando tuvo la oportunidad.

Esta historia de Mateo nos muestra cómo, en el alma humana, la luz y la oscuridad luchan constantemente. Desde una perspectiva humana, es comprensible que a veces apaguemos la luz. Nos asusta la vulnerabilidad, el cambio y el riesgo de ser heridos. Preferimos la familiaridad de la oscuridad a la incertidumbre de la luz. Sin embargo, esta elección nos priva de crecimiento, de paz, de evolución y de la posibilidad de vivir con propósito.

Desde un plano de Fe, la historia de Mateo nos recuerda que Dios siempre nos ofrece Su luz. No importa cuántas veces la rechazamos; Su luz está ahí, esperando pacientemente a que nos abramos a ella. Pero aceptar esa luz requiere humildad, requiere reconocer que no podemos caminar solos, que necesitamos Su guía. La luz de Dios no es una imposición, sino una invitación. Él nos da la libertad de aceptarla o rechazarla.

La luz, tanto en la vida humana como en la vida espiritual, es una promesa de algo mejor. Aceptarla significa abrir nuestra alma, permitir que transforme nuestras debilidades y aceptar la posibilidad de un nuevo camino. Por el contrario, apagarla nos lleva a estancarnos, a quedarnos atrapados en nuestras sombras. Mateo, al igual que muchos de nosotros, eligió la oscuridad por temor, pero también por no comprender que esa luz podía darle paz.



Queridos hermanos y hermanas, todos enfrentamos esta elección. Todos, en algún momento, encontramos esa luz, ya sea a través de una persona, de una situación, o de un encuentro espiritual. Lo importante es reconocer que la luz está ahí y que su brillo está a nuestro alcance. No apaguemos esa luz; Permitamos que nos ilumine, que nos muestre el camino hacia la paz y que nos acerque a Dios.

La Hermana Teresa nos dice que la luz es un regalo que se nos da, y la Fe nos permite reconocer su fuente divina. Recordemos siempre que, aunque la oscuridad pueda parecer más cómoda o familiar, la luz es lo que da verdadero sentido a nuestra existencia.

Pidamos a Dios para que cada uno de nosotros tenga el valor de abrazar esa luz, de cuidarla y de compartirla con quienes nos rodean. Solo así podremos vivir con plenitud, paz y propósito.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.